VIAJES POR ESPAÑA

II. La Casona de Tudanca

Salió a encontrarme Pito Salces. Y ¿quién es Pito Salces? Más adelante veremos.

El día veintiuno de julio (ya sabemos que es en el año 1920) salí de Madrid camino de Santander. Mi buen amigo y colega, don Adolfo Bonilla y San Martín, me había recomendado que al llegar a Santander hablase con el señor Artigas de la Biblioteca Menéndez y Pelayo para ver cómo y cuándo comenzaba a recoger en la Montaña cuentos populares. El señor Artigas había ya preparado el terreno. Apenas hube llegado cuando comencé a recoger cuentos. A los dos días ya era amigo de todos los miembros del Ateneo de Santander. El señor Artigas me llevaba a la Casa de los Pobres a buscar cuentos, y gracias a la bondad de las buenas monjitas se recogían los primeros cuentos de una colección que para diciembre llegaría a los trescientos. Por otra parte algunos amigos me buscaban cuentos ellos mismos; el poeta santanderino López Argüello me contaba una preciosa versión del cuento de la *Pega y sus peguitos,* versión de la *Paloma y sus pichones* que mi madre me contó en Colorado treinta años ha; el licenciado Fernando Barreda me llevaba a los toros, etc., etc.

Una tarde me dijo el señor Artigas: —Esta noche va usted a dar una conferencia. —¿Una conferencia? ¿Esta noche? —Sí, esta noche en el Ateneo. Ya está todo arreglado. Fué inútil protestar. Ya estaba todo arreglado. Esa noche hablé yo en el Ateneo. Eso llamaron mis buenos amigos una conferencia. Pero me esparaba otra sorpresa, y mucho más agradable. Otro día nos encontramos otra vez y me dijo el señor Artigas: —Va usted a hacer un viaje a Tudanca. Ya está todo arreglado. Ya verán mis lectores que el señor Artigas no pide pareceres. De buenas a primeras declara que ya está todo arreglado y de nada sirve protestar. Pregunté cómo y cuándo iba a hacer el viaje. —Mañana a las ocho sale usted por el ferrocarril de Asturias. —Pero, hombre, si no he hecho ningún preparativo. Esperemos unos días. —Ya todo está arreglado. Me ha escrito Cossío que mañana envía al correo con una jaca para encontrarle en Cabuérniga. Allí estará usted unos días con el señor Cossío, que vive en la famosa Casona de Tudanca, la Casona de

Tablanca de que habla Pereda en su novela Peñas Arriba. Recogerá usted cuentos, conocerá un precioso y apartado rincón de nuestra España y hablará con Cossío.

El paisaje de la Montaña es encantador. El ferrocarril de Asturias va a lo largo de la costa del Cantábrico pero no se ve el mar. Saliendo de Santander el tren va subiendo y bajando colinas, serpenteando por valles y cañoncitos, saliendo de un túnel para entrar en otro y pasando por puentecitos de piedra, unos antiguos otros modernos. Y por todas partes pueblecitos alegres y pintorescos, llenos de vida. Las casuchas blancas y pardas con sus techos rojos, rodeadas de flores y niños encantan y emocionan. En las altas cuestas las neblinas son perpetuas y por entre ellas se ven algunas veces los caseríos y los árboles, un grupo de aldeanas que vienen al mercado en sus borricos, o un rebaño de cabras, verdaderos cuadros, pero de aquéllos que ningún pintor puede ejecutar.

A las diez y media salí de mi ensueño. Habíamos llegado a Cabezón de la Sal. De allí a Cabuérniga el viaje fué en automóvil. Al descender del auto me recibió el señor de Ormas ,un hidalgo montañés que tiene allí una antigua casa solariega. Era amigo de Cossío. Tenía mucha razón el señor Artigas cuando decía siempre que todo estaba arreglado. Almorcé con los señores de Ormas y a las dos de la tarde salimos de Cabuérniga camino de Tudanca, el correo de Tudanca, un jovenzuelo de unos diez y seis años y yo. El correo llevaba su jaca cargada de maletas e iba a pie delante. El jovenzuelo no llevaba caballería. Me despedí de los amables señores de Ormas y del señor Núñez de Arce, hermano del famoso poeta, y cogiendo las bridas de mi jaca me puse en marcha, a pie.

—Súbase, señor, que se va a cansar, —me decían mis compañeros, de vez en cuando. —No se apuren ustedes, que voy muy bien. Pero la verdad es que yo iba muy preocupado. Ya llegábamos a la cumbre de la primera cuesta que era altísima y había mucha neblina. —Súbase usted, que la jaca conoce el camino muy bien. Ya iba fatigado y decidí montar. Pero apenas me hallé arriba de aquella jaca montañesa me vi embargado por otra preocupación. ¿Qué pasaría si la jaca tropezaba y caía conmigo a tierra? El correo iba delante, seguía yo montado en mi noble jaca, y detrás iba el jovenzuelo silbando tonadillas de la Montaña y algunas veces cantando coplas. —¿Tropezará la bestia?— preguntaba yo. —Ca, no tenga usted miedo. Si ha hecho el camino muchas veces. Se reían ellos y yo también, aunque sin ganas. De repente observé que el

camino por donde íbamos se había convertido en un sendero estrechísimo donde apenas cabía la jaca. —¿Qué vamos a hacer si nos encontramos con alguien que venga en dirección contraria?— pregunté a mis guías. —No viene *naide*. No tenga usted *cuidao*. Y de todos modos aquí hay lugar *pa* dos muy bien. No me convencía su argumento pero nada ganaba con argumentar. Era preciso caminar. —Me parece que es mejor andar a pie,— les dije al volver una peña, y me apeé en seguida. Le entregué la jaca al jovenzuelo y seguí caminando a pie. La neblina era tan espesa que apenas se veía el sendero a unos doce pasos. A un lado se veía un profundo valle. —*Cuidao* ahora que va a pie, que si se rueda *pa* abajo no vamos a oír ni el grito,— dijo el jovenzuelo en broma. Y yo al mirar hacia abajo casi me mareaba.

Este suplicio duró media hora. Llegamos a la cumbre y entramos en un vallecito donde ya se respiraba sin miedo de estrellarse. —¿Ya hemos pasado lo peor?— le dije al correo. —Ca,— me contestó, —*tavía* falta la bajada. Se repitió la ceremonia. Cobrando valor me subí en la jaca otra vez, pero a media bajada me apeé y a pie hice lo más peligroso del camino hasta llegar al valle del río Nansa o el valle de Tudanca.

Al bajar al valle la neblina quedaba arriba de nosotros. Parecía que por los cielos se paseaban pedazos de la tierruca con sus árboles, valles, cuestas, invernaderos. Y en sus juguetones paseos las neblinas caminaban y caminaban, cubriendo aquí y descubriendo allá, bajando valle abajo y trepando monte arriba. —Ya hemos *llegao*,— dijo el correo; —al otro *lao* de aquella cuesta está Tudanca. Al bajar se veía el pintoresco valle con sus varios pueblos, Cossío, Alarce, Santotís. Me subí otra vez en la jaca y apresuramos el paso. Llegando a Santotís pudimos devisar a unos tres kilómetros de distancia la apetecida Tudanca.

Llegamos a Santotís y salió a encontrarme Pito Salces. Ya yo sabía quien era Pito Salces, de manera que cuando él me saludó cortesmente y me dijo quien era cogí su mano y la estreché con entusiasmo. —Yo soy Pito Salces. *Mi* ha *enviao* mi *siñor* a encontrarle. Les dí las gracias a mis valientes guías que se quedaban en Santotís y me entregué a Pito Salces que desde luego observé que se daba toda la importancia de su misión. Insistía en que me subiera en la jaca pero le dije que quería ir a pie a su lado para hablar con él. Esto le convinció y metiendo mi maleta por la punta de una cayada se la echó al hombro en un decir amén, y cogiendo la jaca por las bridas emprendimos la marcha.

Ya saben mis lectores quien es Pito Salces. Es el famoso héroe de Peñas Arriba de Pereda, el enamorado de la Tona y cazador de osos. Su nombre es Eladio Gómez, pero todo el mundo le conoce por el nombre con que le inmortalizó Pereda, Pito Salces, y ese nombre se da él mismo cuando quiere darse tono y distinguirse entre los aldeanos de su pueblo. Pero es que Pito Salces se merece la inmortalidad. Ahora ya tiene ochenta y cinco años, ya es viejo, pero todavía tiene una mentalidad y un carácter dignos de admiración y respeto. En la media hora que hablé con él yendo de Santotís a Tudanca me contó el capítulo más interesante de su vida con detalles mucho más emocionantes y mucho más vivos que las palabras de Pereda, el episodio de la cueva de los osos de Peña Sagra. Todavía me parece que veo a Pito Salces deteniéndose por momentos y soltando las bridas de la jaca y poniendo la maleta en el suelo para contarme de cuando se asomó por el *boquero* de la cueva y se encontraron sus ojos con otros dos, llenos de fuego y rabia, los de la osa que allí cuidaba de sus cachorros. Y al ver mi emoción y mi contento Pito Salces se *eslizaba* y me contaba todos los detalles. Y esto que Pito Salces se creía, que era para él una distinción, un honor, lo era doblemente para mí; pero a pesar de ello prometo no darme mucho tono. Me bastará con gozar de los recuerdos de la emoción que sentí.

Llegamos a la Casona. Salieron a recibirme el señor Cossío y el cura de Tudanca, don Ventura. Cuando entré saludé a la tía de Cossío, doña Dolores y a su hermanita, Carlota. Cossío es un hidalgo castellano de Valladolid. La Casona es una herencia de familia, y durante el verano vive allí con su tía y su hermana. La Casona no está modernizada. Todo es muy siglo diecisiete y muy siglo dieciocho. Allí se vive la vida del siglo diecisiete: la casa, las estancias, los muebles, las arcas antiguas, los cuadros, las antiguas lámparas, la capilla, los antiguos hornos. Y en este ambiente aldeano y antiguo vive nuestro amigo, escribe versos y recibe a sus amigos. Tres días llenos de emoción pasé en la Casona de Tudanca. El hidalgo castellano me enseñaba la casa y me explicaba los detalles de la construcción, los muebles viejos, los libros, manuscritos, etc. Por las tardes dábamos paseos por el pueblo y por los montes vecinos. Una tarde fuimos hasta el pie de Peña Sagra. Por la noche venían los tudancos a contarme cuentos. Pito Salces también sabía cuentos, pero para contármelos teníamos que estar él y yo solos, porque decía que sólo así podía *eslizarse*.

En mi regreso a Santander me acompañó el señor Cossío. Era domingo cuando abandoné la Casona de Tudanca. Al pasar por Santotís nos detuvimos una hora para recoger dos cuentos y para ver bailar a los jóvenes tudancos *a lo alto y a lo bajo* al son del pandero y al cantar de coplas montañesas. Hicimos el viaje a caballo y por el mismo camino de antes. Esta vez hice casi todo el viaje a caballo. Hablábamos de cosas tan interesantes que ya no me daba cuenta de los peligros del sendero. Tal vez ya me había acostumbrado. Dormimos esa noche en Cabuérniga y otra vez tuve el gusto de comer en casa de los señores de Ormas.

Y en Santander me despedí de mi hidalgo amigo. Dejaba la Tierruca para recorrer por dos meses las tierras de Castilla. Pero nunca, nunca olvidaré las felices horas que pasé en la Casona recogiendo cuentos, hablando con Pito Salces y conociendo bien uno de los más interesantes pueblos de España, en compañía de un verdadero hidalgo castellano. Y expresan un verdadero sentimiento aquellos versos de nuestro amigo que terminan su bella composición *A mis hermanos:*

A esta paz os invito, hermanos míos,
alerta mi cariño aquí os aguarda;
sé que algún día golpearéis la puerta
de la tranquila, solariega casa:
plegue a Dios que al franquearla, en vuestro rostro,
no lea de ilusiones fracasadas,
que denuestos, al mundo en su corriente,
nunca arrastre a la costa el patrio Nansa.
Anhelo de descanso tras el triunfo
signifique dichosa vuestra estancia.
¡Veréis feliz entonces la Casona
cuál para festejaros se engalana!

AURELIO M. ESPINOSA

STANFORD UNIVERSITY